

# Inmerso en la transición de mi país

[...]

Cuando se inició la transición política en España, tenía yo recién hechas las cuatro transiciones personales a las que me he referido en el capítulo primero. Embarqué, pues, en el viaje de la dictadura a la democracia que en aquellos años hizo mi país, **con un equipaje recién estrenado**, el cual, como ya he contado, cabía en cuatro palabras: ciudadano (de ciudad), ateo, militante y estudioso. Aquellas transiciones estuvieron detrás de mis primeros pasos hacia un pensamiento pedagógico mínimamente elaborado, conjugando sin mayor dificultad **las convicciones ideológicas y el esfuerzo académico**. Pero no fue solo que tuviera que hacerles frente a las exigencias propias del mundo académico, sino que las condiciones en las que tuve que hacerlo resultaron también determinantes de lo que iba a ser mi vida profesional. (p. 146)

## Con un equipaje recién estrenado





[...]

Tres o cuatro pinceladas, ya adelante que de color rojo, serán suficientes para esbozar los rasgos de mi conciencia política correspondiente a este periodo. Cada una de ellas da cuenta de un equipaje ideológico preparado años atrás, que la transición de mi país me permitió ejercitar y por tanto fortalecer.

Si había ido del campo a la ciudad, ahora tenía la oportunidad de impulsar el modo de ser urbano, **mucho más dado a romper que a conservar** las tradiciones, máxime si estas habían sido pilares de la dictadura.

Si había cambiado las creencias por el ateísmo, ahora ese giro tomaba la forma de contribución a la lucha **contra el nacional-catolicismo**, que en España había sido sinónimo de la religión y sustento de la dictadura.

Si había evolucionado de apolítico a militante, ahora tenía la oportunidad de ayudar al Partido en el difícil trance de competir electoralmente en el contexto de la denominada democracia burguesa; y así lo hice, aunque fuera como **el último de la fila**. Una militancia que tuvo su mejor versión en el sindicalismo, donde fui **sindicalista de clase**. (p. 146)

Más dado a romper que a conservar	Contra el nacional-catolicismo	El último de la fila	Sindicalista de clase
			
<p>(...) las transiciones personales que había realizado pocos años atrás desembocaron en el Partido Comunista durante la transición que ahora le tocaba hacer a mi país. En ese cauce vertió sus aguas cristalinas, por ingenuas e idealistas, el pequeño arroyo que formaban mi conciencia política y mi ideología. (...) (p. 147)</p>	<p>(...) Bromeábamos con la necesidad de cerciorarse de que la tumba hubiera quedado bien sellada. Y lo estaba, de ahí mi triunfal alegría, secundada con regocijo infantil por aquel niño feliz que tanto partido le sacaba a la vida a partir del punto de apoyo de su mano bien asida. Inteligentemente discreta se mantuvo la niña Zuli, complaciente ante los excesos de su cuñado, pero no tanto como para secundarlos. La modesta Werlisa Color, primera cámara fotográfica de mi vida, y Mari Jose, capturaron el momento. (...) (págs. 147-48)</p>	<p>El último de la fila, además de un grupo musical de los años 80 y 90, es, en la foto, el Mini 850 que tanto recuerdan los alumnos de las escuelas en las que estuve a partir del 72. En el 79 ya no era objeto del mimo con que se cuidan los coches nuevos, así que no importaba pegar carteles sobre su pintura. Las marcas de la cinta adhesiva utilizada quedaron para siempre sobre la chapa como honorosas cicatrices del servicio prestado a la causa. (...) (p. 149)</p>	<p>(...) Nunca estuve liberado para el sindicato porque nunca asumí responsabilidades que lo exigieran, aunque formé parte varias veces de la Comisión Ejecutiva Regional. Las innumerables horas de reunión con personas de extraordinaria capacidad para análisis sociopolítico y la acción sindical (como Ángel Alonso, Cienfuegos, Carlos, Ludovina, Octavio, Salvador, Lupe, Emma, Ábalo, Sole, Aida, Luis, Suni, Ofelia, Faya o Pepe, por citar algunas con las que compartí las Comisiones Ejecutivas elegidas en el I y III Congreso -1979, 1984-), constituyeron para mí una auténtica escuela de formación para el debate riguroso y democrático, que muchas veces eché de menos en otros foros, sobre todo profesionales, donde la informalidad me exasperaba. (...) (p. 153)</p>

## Las convicciones ideológicas y el esfuerzo académico

Durante este periodo la relación entre la ideología y la actividad académica no presentaba para mí problema alguno, ni me lo planteaba siquiera; había una interacción entre ambas que se daba de hecho y que yo en absoluto cuestionaba. (p. 154)

[...]

El pupitre y el puño formaron entonces, para mí, un todo perfectamente bien avenida. (p. 155)

